

El desarrollo de la filosofía moderna:

- El pensamiento renacentista: la matematización de la naturaleza, el concepto del hombre y la fundamentación moderna de la política. Nicolás Maquiavelo.
 - La revolución científica.
 - El racionalismo continental: Descartes
 - La filosofía empirista: de Locke a Hume.
 - La Ilustración. El idealismo trascendental: Kant. La filosofía política: el fundamento de la democracia: Rousseau
-

El pensamiento renacentista.

Frente al teocentrismo de la edad media, la modernidad es una época eminentemente antropocéntrica, en donde lo humano adquiere el papel central en la reflexión filosófica del momento. Este desplazamiento del teocentrismo medieval al antropocentrismo moderno, del que aún somos herederos, se produce en el Renacimiento. El hombre renacentista se convierte en el protagonista de su destino, con su ingenio y el esfuerzo de sus manos el genio renacentista, perfectamente ejemplificado por Leonardo Da Vinci, es capaz de dominar la naturaleza y reconstruir el orden social. Mientras que el pensamiento filosófico en la edad media estuvo enclaustrado por el principio de autoridad, en el Renacimiento se vuelven a leer a los autores clásicos por ellos mismos, nuevas traducciones y textos que salen a la luz tras la caída de Constantinopla (1453) vivifican el pensamiento del Renacimiento y revaloriza a los autores clásicos lejos de los corsés intelectuales que había impuesto la Iglesia.

Sin embargo, no todo son bondades. Con el Renacimiento la seguridad de la cosmovisión medieval desaparece, el hombre es creador de su destino pero ese destino, otrora cerrado y seguro, se vuelve una posibilidad abierta. El desconcierto intelectual que provoca el derrumbe de la mentalidad medieval y la nueva centralidad del hombre en el cosmos hace que resurja la magia como sistema de pensamiento. Los magos renacentistas como Paracelso son los precursores de los científicos: pretenden dominar la naturaleza comprendiendo sus relaciones y leyes, como el conocimiento científico. Sin embargo, la falta de rigor y de eficiencia de la magia y la carencia de un aparato matemático hicieron que el espíritu moderno abandonase el pensamiento esotérico en favor de la ciencia.

Si el hombre se convierte en el Renacimiento en el centro del universo natural también lo es del universo político. Ya en el siglo XVI cuando el poder de la Iglesia está siendo fuertemente socavado por la reforma protestante y la separación de poderes se va haciendo más o menos efectiva en algunos puntos de Europa, surge el pensamiento político utopista. El hombre con su razón, es capaz de rehacer las relaciones políticas autónomamente, sin más autoridad que la razón. Herederos de estos proyectos utopistas del renacimiento son las revoluciones políticas de la modernidad desde la revolución francesa a las revoluciones socialistas del XX.

Igualmente separado de la autoridad de la Iglesia se encuentra el pensamiento del filósofo florentino **Nicolás Maquiavelo** (1469-1527) que con su obra "El Príncipe" funda el realismo político. Entiende el autor italiano que el fin principal del político debe de ser mantenerse en el poder, para ello no importan los medios que utilice para alcanzar ese fin. Observamos en este autor, una vez más, que el individuo adquiere un papel central que no tenía en el pensamiento antiguo ni en el medieval.

La revolución científica.

Entre los siglos XVI y XVII surgió en Europa lo que se conocerá como revolución científica. El nacimiento de la ciencia no solo transformó las posibilidades técnicas de la humanidad, sino que cambió nuestra manera de ver la realidad y, en buena medida, socavó definitivamente los cimientos del teocentrismo medieval.

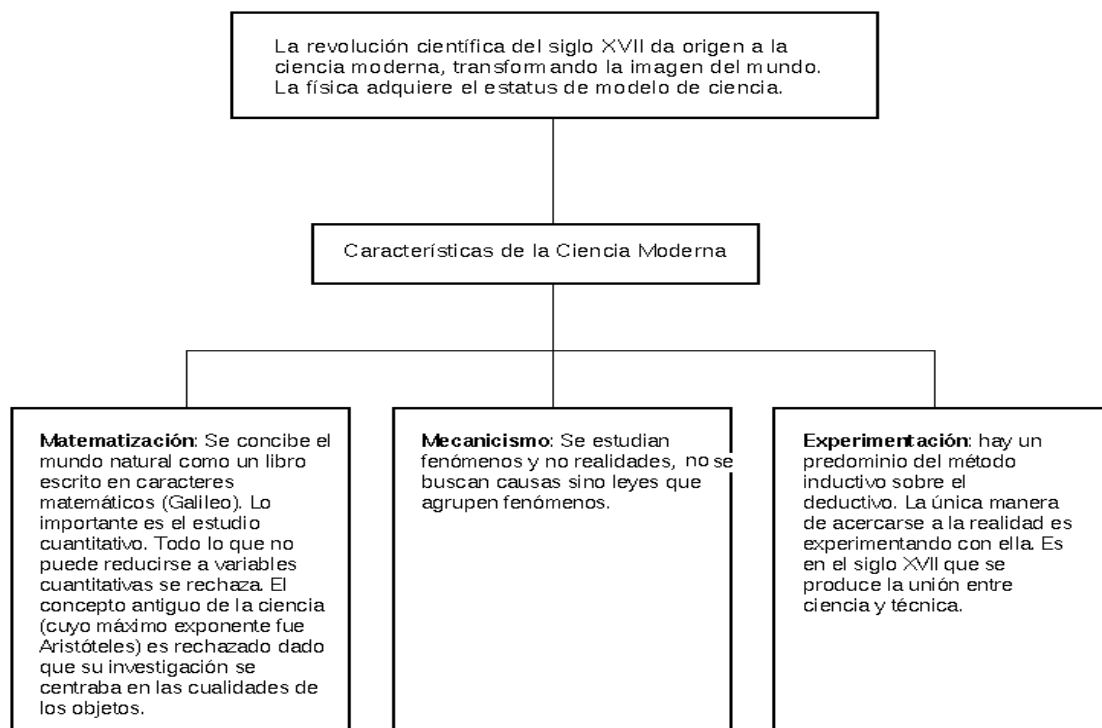
Aunque en el nominalismo de Ockham hay antecedentes del método científico, no será hasta

el renacimiento cuando el concepto de una naturaleza matematizada se haga factible de mano de autores neopitagóricos. No obstante, no será hasta Nicolás Copérnico (1473–1543) cuando se inicie lo que conocemos por revolución científica en sentido estricto. El científico polaco publicó postumamente su obra “Sobre las revoluciones de las esferas celestes” en donde sustituía el universo geocéntrico por un universo cuyo centro era el sol (heliocentrismo). Años más tarde Galileo Galilei (1564–1642) será el más valiente defensor del sistema copernicano y llegaría a convertirse en el padre del método científico.

Galileo, gracias a la construcción personal de lentes y astrolabios, descubre las manchas solares, los anillos de Saturno o las lunas de Júpiter; esto le hace percatarse de las incongruencias del geocentrismo ptolemaico: el cosmos supralunar está sujeto al cambio y no todos los astros giran alrededor del Sol. Estos datos experimentales y la mayor sencillez del sistema heliocéntrico le hace abrazar el modelo copernicano. Al hilo de sus investigaciones astronómicas y física, Galileo construye el método de indagación sobre la naturaleza que llamamos ciencia. Para Galileo la naturaleza habla en un lenguaje matemático, quien no lo conozca no podrá entender nada de lo que ocurre en el mundo; debemos evitar las hipótesis metafísicas e interrogar a la naturaleza misma sobre sus misterios.

Otro rasgo del nuevo método es la diferenciación entre experiencia y experimento. La experiencia es la captación por los sentidos de algo real, pero toda experiencia se procesa en nuestra mente a través de creencias personales o dogmas impuestos, por lo que la experiencia puede ser útil en el ámbito práctico pero no sirve para construir ciencia. Por contra, el experimento científico acota el marco de análisis a algunos rasgos cuantificables del fenómeno objeto de estudio y desdeña los demás elementos no matematizables.

Por último, otro rasgo relevante del nuevo método es la importancia de la razón en el conocimiento científico. Frente a posturas nominalistas o ultra empiristas que consideraban que la experiencia lo era todo en el conocimiento científico, Galileo plantea que aunque una ley natural solo puede verse confirmada por la experiencia, la construcción de una ley es previa a la experiencia. El científico elabora una hipótesis que después contrasta con la realidad pues la experiencia por sí sola no basta para hacer ciencia. En definitiva, intenta encontrar un punto medio entre el empirismo radical y el racionalismo de Descartes.



La importancia de la creación de este método es enorme. Por un lado, hizo que los hombres más preclaros de Europa empezasen a hablar y a indagar en común el orden natural del Universo, lo que permitió rápidos y revolucionarios conocimientos. Por otra parte, este método socavaba las

bases de todo dogmatismo o del principio de autoridad; este distanciamiento del poder de la autoridad ha moldeado la mentalidad occidental hasta nuestros días.

Tras Galileo la ciencia y la técnica despegaron y años después de la muerte del italiano, Isaac Newton (1643-1727) unificaría con su teoría de la gravedad el movimiento de la órbita de los planetas con el movimiento de los cuerpos en la tierra, destruyendo así, cualquier vestigio del universo ptolemaico.

Fuentes:

http://enciclopedia.us.es/index.php/Revoluci%C3%B3n_cient%C3%ADfica

<http://www.xtec.cat/~asarbach/actius/filosofia%20II/Moderna/revolucioncientifica.html>

El racionalismo continental: Descartes.

El racionalismo continental es un movimiento filosófico que surgió en el siglo XVII, es decir, en plena modernidad. Se llama continental, porque mientras que en las Islas Británicas se desarrollaba el movimiento empirista según el cual la experiencia juega un papel preponderante para comprender la realidad, en el continente europeo floreció el racionalismo.

Es difícil definir con concreción el racionalismo ya que es considerable la pluralidad de autores que pueden ser llamados racionalistas. Como rasgos más sobresalientes tendríamos la importancia que concede el racionalista a la razón frente a la experiencia o al criterio de autoridad para acceder al conocimiento. También suele ser un rasgo frecuente en los racionalistas la creencia que en la mente de todos los hombres existen ideas o funciones innatas que se activan cuando se produce la experiencia, pero que son independiente de ella. Por último, debemos subrayar la importancia que tiene para el racionalismo las matemáticas como modelo de conocimiento por su exactitud y sistematicidad.

Precisamente basándose en las matemáticas el racionalista francés **René Descartes** (1596-1650) construyó su método filosófico para hallar un conocimiento cierto e indudable. Descartes, como muchos otros autores de su tiempo, observaba con desencanto como la matemática o la física eran ciencias que acumulaban conocimientos con el paso del tiempo; sin embargo, se lamentaba el autor racionalista, la filosofía carece de un sistema o método propio que le permita adquirir un conocimiento verdadero y con el que estén de acuerdo todos los filósofos. Para acabar con esa situación el francés se propone construir un método que, como la geometría euclidiana, parta de algún o algunos axiomas indubitables sobre los que construirá, sistemáticamente, todo el edificio del conocimiento filosófico.

Descartes rechaza como axioma de su sistema todo lo que puede ser dudoso y, dejando muy atrás la experiencia, descubre que lo único indudablemente cierto es que el sujeto pensante tiene existencia real mientras que está pensando. Es su famosa frase "Pienso luego existo". Descartes concluye que el "yo soy, yo pienso" es el axioma de su sistema, y partiendo de él descubre que el "yo soy" es un ser finito ya que si fuera infinito no dudaría si es o no es. Por tanto, continúa el filósofo racionalista, en mí yo finito existe la idea de un ser infinito pero, ¿de donde procede esta idea? Ni de mí mismo ni de otro ser finito, luego tengo la idea de infinito como idea innata que procede de un ser infinito, es decir Dios. Luego Dios existe pero a diferencia del Dios medieval, no adquiere su existencia por fe o por la autoridad de la Iglesia, la existencia de Dios es fruto de una filosofía desnuda de fe; Dios adquiere realidad dentro del sistema cartesiano solo después que el autor haya concluido la existencia del sujeto pensante. Esta actitud del francés es propia del racionalismo moderno que no rechaza al Dios de los filósofos, pero en el que no tienen cabida las especulaciones alambicadas de la fe. La mera razón se vuelve a enfrentar, como en la antigüedad, a los misterios del mundo.

El empirismo: Locke y Hume.

Frente al racionalismo continental, en las Islas Británicas surgió el empirismo. El principal problema que analiza este movimiento es cómo se produce el conocimiento, la tesis empirista es que el verdadero conocimiento procede básicamente o exclusivamente de la experiencia. A nivel ético,

político y religioso los empiristas adoptaron posturas tolerantes lejos de cualquier dogmatismo, postura coherente con el escepticismo que estos autores mostraban hacia cualquier tipo de teorización que no estuviese fundada en la experiencia.

Mientras que para Descartes la piedra angular de su sistema era el “yo pienso”, para el empirismo el sujeto, antes que una “cosa pensante”, es un procesador de los datos de los sentidos, quien relaciona, analiza y reconstruye la experiencia sensible.

También niegan estos autores la existencia de ideas innatas. Para el empirista el hombre nace como una tabla en blanco, sin ideas preconcebidas; solo las sensaciones llenan la mente del ser humano. Para el racionalismo cartesiano la idea innata de Dios garantiza la realidad del mundo externo, para estos autores anglosajones la realidad del mundo externo es cuestión de creencia, podemos suponer su existencia porque genera sensaciones en nosotros, pero el verdadero conocimiento son esas sensaciones, no el mundo externo que es inaccesible sin la experiencia.

John Locke (1632–1704) consideraba que conocemos gracias a las ideas que tenemos en la mente pero ¿de dónde proceden las ideas? Solo pueden proceder de la experiencia tanto externa, sensación, como interna, reflexión. Las ideas pueden ser simples o complejas, las simples derivan directamente de la sensación o de la reflexión, son “los átomos de la percepción” (idea de rojo, de caballo, etc.); las ideas complejas surgen de combinar ideas simples (idea de belleza, de virtud moral, etc.).

Fiel a su crítica al dogmatismo, Locke fue un firme defensor de la tolerancia entre todas las confesiones religiosas, ya que los hombres poseemos derechos naturales inalienables entre los que se encuentra la libertad de conciencia. El Estado no debe inmiscuirse en la búsqueda de la felicidad de los individuos, siempre que esa búsqueda no interfiera en la paz social.

Posterior a Locke, **David Hume (1711–1776)** elaborará una reflexión fiel a los principios empiristas como demuestra su crítica a la causalidad o a la sustancia. Hume cree que la relación causa-efecto es una relación que introduce nuestra mente en la realidad, que una cosa suceda a otra no implica que sea consecuencia de ella. Por ejemplo, si al acercar la mano a una llama sentimos calor inferimos que la llama produce el calor, esto es algo, según Hume, que introducimos subjetivamente en la percepción del objeto pues la relación causa-efecto (llama-calor) no aparece en la percepción de la llama o del calor, sino en nuestra mente.

Igualmente ocurre con la idea de sustancia, ¿qué es la idea de manzana o la manzana en sí misma? Si le quitamos las cualidades como el color, sabor, forma material, etc. no queda nada de la manzana porque no existe la sustancia manzana, ya que tal sustancia es una generalización de nuestro intelecto, solo tienen existencia real las manzanas concretas no el concepto de ellas.

La Ilustración. El idealismo trascendental: Kant. La filosofía política: el fundamento de la democracia: Rousseau.

Como Ilustración se conoce el periodo histórico comprendido entre finales del siglo XVII y finales del XVIII (Revolución Francesa) que se caracterizó por una profunda confianza en la posibilidad de mejorar la condición humana a través de la razón. La Ilustración no fue un movimiento homogéneo sino más bien un ambiente cultural que propició radicales cambios en la organización política de Europa y en la mentalidad occidental.

Los autores ilustrados parten de una crítica feroz a toda autoridad que no dependa de la misma razón humana. La desconfianza en la Iglesia y en el Estado absolutista se extiende por doquier entre la intelectualidad europea. El poder absoluto, la carencia de libertad de los ciudadanos y la superstición religiosa se ven como frenos al progreso de la humanidad. El conocimiento científico se valora como instrumento imprescindible para el desarrollo del hombre.

El pensamiento ilustrado subraya también la importancia de la educación para formar ciudadanos capaces de asumir su responsabilidad política. Esta educación debe iniciarse en la infancia, estando inspirada en un trato humano al infante y en el desarrollo de la razón natural que todos los hombres compartimos.

Esta racionalidad común a todos, hace que los pensadores ilustrados fueran los primeros en postular que todos los hombres, por el hecho de serlo, tienen derechos que son indiscutibles y que solo excepcionalmente pueden serles arrebatados por la sociedad y siempre tras un juicio previo. De esta mentalidad ilustrada somos nosotros evidentes herederos.

En el contexto ilustrado surgió el idealismo trascendental de **Immanuel Kant (1724-1804)**, filosofía coherente con la centralidad que adquiere el ser humano para los ilustrados. Según Kant, muchos autores hasta entonces habían partido de un error de base: el hombre era un espejo que capta la realidad como mero elemento pasivo. Frente a esta mentalidad Kant expone su teoría según la cual el hombre es un polo activo en el acto del conocer. Según el idealismo trascendental, el hombre al conocer el mundo procesa esos datos a través de unas estructuras propias, el conocimiento se produce gracias a esas estructuras que filtran y reconstruyen los datos que reciben. El individuo al conocer, compone y crea los parámetros para que el conocimiento sea posible.

Como contrapartida, el hombre nunca podrá conocer la cosa en sí, nunca podremos saber que es el mundo en sí mismo independientemente de nuestra mente. De esta manera Kant dota al hombre de un papel preponderante en el acto del conocimiento que no tenía antes, pero, por contra, este hombre debe asumir los límites de su razón que se circunscribirá al mundo físico y matemático; cualquier conocimiento metafísico o teológico que pretenda ir más allá de la experiencia actúa excediendo los límites naturales de la razón. Para Kant, el paradigma de conocimiento cierto que se desarrolla dentro de nuestros límites es la ciencia newtoniana.

Otro ejemplo de filósofo ilustrado fue el ginebrino **Jean-Jacques Rousseau (1712-1778)**, considerados por muchos el padre de la democracia moderna. Este autor en su obra “El contrato social” intentó establecer el modo como se originó la sociedad política para así deducir cual es el orden político natural y, por lo tanto, justo.

Según Rousseau llegó un momento en nuestra evolución social en donde se instauró la propiedad entre los hombres. Cuando esto ocurre se hace necesario arbitrar un modo de decisión y deliberación pública pues si no la lucha por adquirir y conservar la propiedad derivaría en una guerra de todos contra todos. Para evitar esto, se crea el pacto social del que todo el pueblo forma parte igualmente pues ¿quién renunciaría a la libertad e igualdad natural por la sumisión y desigualdad política? La soberanía deriva solo de este pacto, quien lo viola e intenta oprimir a los miembros de la sociedad negándoles la soberanía es un bandido da igual que sea llamado rey, emperador o sultán. La soberanía es ejercida por todos y cada uno de los miembros de la sociedad como partes insustituibles de un todo. En donde no se produce esta soberanía compartida no hay un verdadero cuerpo político sino una mera agregación de personas.

NICOLÁS MAQUIAVELO:

Las ideas del florentino Nicolás Maquiavelo (1469–1527) provocan las más contradictorias opiniones: mientras unos lo consideraban padre de la descreencia y apólogo de la crueldad y la tiranía, otros lo han valorado como iniciador del pensamiento político moderno o crítico encubierto del despotismo. Su idea “El fin justifica los medios” se ha popularizado más allá del ámbito filosófico y parece formar parte de la cultura política actual.

¿Los políticos deben de cumplir las normas éticas?

En su obra “El príncipe” Maquiavelo establece una fuerte separación entre ética y política. En este tratado el florentino explica como el gobernante puede obtener el poder o mantenerse en él de manera exitosa.

Según Maquiavelo el ser humano es fácilmente engatusado por las apariencias y más pronto a obedecer por miedo que por voluntad propia; por esta razón el príncipe debe usar la fuerza para mantenerse en el poder. Los príncipes que han hecho uso de la fuerza desmedida no han obtenido sus propósitos porque han soliviantado a los nobles o al pueblo; los príncipes que han renunciado a la fuerza han sido tomados por débiles y han perdido igualmente el poder. Por lo tanto, el príncipe debe intentar ser amado y temido pero si no puede conseguir ambas cosas debe preferir ser temido ya que la gente obedece más firmemente a alguien por miedo que por amor. Pero aunque el príncipe deba hacerse temer tiene que intentar, por todos los medios, no hacerse odioso a sus súbditos; si los gobernados odian al príncipe se conjugarán para derrocarlo, por mucha violencia que use siempre habrá personas dispuestas a unirse en su contra. Por esta razón la crueldad debe administrarse con prudencia aunque también con mano firme.

De lo anterior concluimos que el príncipe debe temer tanto como a sus enemigos externos al pueblo que le odie; el mejor remedio contra el odio del pueblo es dejarlo tranquilo, no grabarlo con impuestos ni con decisiones arbitrarias. Organizar fiestas, potenciar las artes y el comercio adornan a todo principado y el buen gobernante se ocupa de ello para obtener el favor del pueblo.

En la vida ordinaria hay cosas que llamamos virtud pero que no son tales en el príncipe. La sinceridad, por ejemplo, tiene sentido en la sociedad civil en donde hay tribunales que juzgan y condenan la mentira pero ¿si la cabeza del estado miente, quién lo juzgará? Si un príncipe violando un acuerdo o asesinando traicioneramente a sus enemigos se mantiene en el poder debe mentir y asesinar si es preciso; de nada sirve la bondad que te lleva a la ruina. Si los hombres todos fueran buenos y actuaran justamente el príncipe debería ser bueno, pero como no es así la bondad en este mundo de lobos sólo lleva a la perdición. A pesar de todo, el príncipe debe acrecentar su prestigio de virtud ya que la apariencia de bondad es un arma poderosa por la que se guían los hombres. El gobernante deberá cuidar el parecer justo, compasivo y religioso pero se deberá cuidar también de serlo cuando no conviene a sus intereses ya que, por ejemplo, ser compasivo y no aniquilar a un enemigo derrotado que se rinde podría conllevar una guerra en el futuro que ocasionase más sufrimiento al pueblo y más peligros a un príncipe pusilánime que a un gobernante que no temiese ser cruel. De esta idea viene la celebre frase atribuida falsamente a Maquiavelo de “el fin justifica los medios”.

Vemos que Maquiavelo con su teoría política rompe definitivamente con el optimismo de la filosofía antigua y medieval que equiparaba virtud moral con virtud política.

RENÉ DESCARTES:

El filósofo racionalista René Descartes (1596-1650) es considerado como el padre de la filosofía moderna. Su intento de hallar un método lógico-matemático para el conocimiento filosófico ha sido enormemente influyente en la historia de la filosofía posterior. Quizás su aportación más revolucionaria fue considerar al sujeto pensante (el “cogito”) como la piedra angular de todo conocimiento; esta importancia del sujeto y del conocimiento apuntará ya a las temáticas típicas de la filosofía de la modernidad.

Racionalismo y método:

El racionalismo continental es un movimiento filosófico que surgió en el siglo XVII, es decir, en plena modernidad. Se llama continental, porque mientras que en las Islas Británicas se desarrollaba el movimiento empirista según el cual la experiencia juega un papel preponderante para comprender la realidad, en el continente europeo floreció el racionalismo.

Es difícil definir con concreción el racionalismo ya que es considerable la pluralidad de autores que pueden ser llamados racionalistas. Como rasgos más sobresalientes tendríamos la importancia que concede el racionalista a la razón frente a la experiencia o al criterio de autoridad para acceder al conocimiento. También suele ser un rasgo frecuente en los racionalistas la creencia que en la mente de todos los hombres existen ideas o funciones innatas que se activan cuando se produce la experiencia pero que son independiente de ella. Por último, debemos subrayar la importancia que tiene para el racionalismo las matemáticas como modelo de conocimiento por su exactitud y sistematicidad.

Precisamente basándose en las matemáticas Descartes construyó su método filosófico para hallar un conocimiento cierto e indudable. Descartes, como muchos otros autores de su tiempo, observaba con desencanto como la matemática o la física eran ciencias que acumulaban conocimientos con el paso del tiempo; sin embargo, se lamentaba el autor racionalista, la filosofía carece de un sistema o método propio que le permita adquirir un conocimiento verdadero y con el que estén de acuerdo todos los filósofos. Para acabar con esa situación el francés se propone construir un método que, como la geometría euclidiana, parta de algún o algunos axiomas indubitables sobre los que construirá, sistemáticamente, todo el edificio del conocimiento filosófico.

Según Descartes adquirimos conocimiento de dos maneras, mediante la intuición y la deducción. La intuición capta las verdades simples que surgen de la misma razón de modo inmediato sin posibilidad de dudas. La deducción, por su parte, es un procedimiento intelectual por el que conectamos las verdades simples de la intuición y concluimos otras verdades a partir de ellas.

Las reglas de este método deben ser sencillas y asimilables por todos. De hecho el filósofo racionalista consideró que con cuatro reglas bastarían:

- Primera regla: claridad y distinción: no debemos aceptar como verdad aquello que no sea evidente, claro y distinto. En este primer paso hacemos uso de la intuición, la más mínima duda sobre un conocimiento nos llevará a rechazarlo.
- Segunda regla: el análisis: debemos dividir las dificultades que encontremos durante la investigación tantas veces como sea preciso hasta la máxima simplicidad.
- Tercera regla: orden y síntesis: con esta regla de lo simple pasamos a lo complejo a través de la deducción, de este modo reconstruimos el orden de las ideas.
- Cuarta regla: enumerar y revisar: finalmente debemos enumerar los elementos del análisis y su orden para revisar todo el método y estar seguro de que no hemos omitido elementos ni reglas.

Aplicando este método, Descartes llegó a deducir la existencia del yo (cogito) como algo indubitable y autoevidente.

Duda metódica y cogito:

El filósofo francés se propone con su método hallar una verdad esencial sobre la que construir el edificio de la filosofía, que tendrá una base sólida y evidente. Descartes propone como primera condición de su método no aceptar nada que sea dudable, no le basta con la certeza o con una validez relativa: todo lo que sea cuestionable, aunque sea por las razones más peregrinas, no será considerado verdadero.

Por esta razón diremos que la aplicación del método cartesiano empieza con la duda metódica. En otras palabras, iremos analizando todos los conocimientos que tengamos en nuestra mente y lo someteremos al juicio de la duda, si ese conocimiento es dudable, no será el conocimiento autoevidente y claro que buscamos para fundar la filosofía.

En primer lugar, Descartes desdeña todos los conocimientos que hemos recibido de otras personas o libros. El principio de autoridad, tan caro a la filosofía medieval, queda abandonado desde el primer instante.

Después analiza los datos de los sentidos y se pregunta si ellos serán los elementos fundamentales del conocimiento. Descubre que no porque los sentidos nos engañan con facilidad: vemos u oímos cosas que no son tal como los sentidos nos las han mostrado.

Sin embargo, podemos pensar que hay cosas en los sentidos dudables y otras no. Que la mesa sea de tal color o forma es dudable ya que los sentidos yerran con frecuencia, pero es difícil dudar que estoy aquí escribiendo en un examen y que lo que me rodea es ciertamente real. Aunque las cosas sean así en apariencia, Descartes demuestra que no lo son con su hipótesis del sueño: en muchas ocasiones he pensado que estaba en otro sitio y creía que todo lo que soñaba era real... ¿y si ahora no estuviera más que en otro sueño del que aún no he despertado? Por tanto, los datos de los sentidos, en su totalidad, son dudables, así que no nos sirven como base para nuestro método.

Por último, Descartes considera la verdad de las matemáticas y dice que aunque estemos en un sueño dos más tres siempre serán cinco y que no se da ningún sueño en donde percibamos, por ejemplo, un círculo con esquinas. Son conceptos que repugnan a nuestra mente porque son autocontradictorios. No obstante, tampoco serán las matemáticas el conocimiento indubitable que busca el francés, ya que para destruir la validez de las matemáticas plantea la hipótesis del genio maligno, con la que se pregunta: ¿y si existiera un ser tan poderoso que pudiera engañarme incluso sobre la verdad de las matemáticas? Un ser que se afanase y disfrutase confundiéndome podría hacerme creer que dos más tres son cinco cuando, en realidad, son otra cifra diferente. Aunque el filósofo admite que la hipótesis es descabellada la considera imaginable y como se propuso buscar una verdad absolutamente indudable, debe desdeñar las matemáticas como conocimiento seguro.

¿Qué queda pues? Puede parecer que no queda nada, pero si nos detenemos descubriremos que mientras dudamos pensamos y que aunque estemos en un sueño o nos engañe un genio maligno, los que soñamos y somos engañados tenemos que ser para soñar o ser engañados. En definitiva, si dudo de que existo, pienso, y en el acto de pensar esta contenida, de suya, mi propia existencia.

“Pienso, luego existo” (cogito ergo sum) es el primer principio que buscaba Descartes y del que no se puede dudar. Sobre la certeza del yo fundará Descartes su sistema filosófico y, al mismo tiempo, la filosofía moderna que tendrá como motivos centrales la subjetividad y el conocimiento.

Res cogitans y mecanicismo:

Tras demostrar la existencia indubitable del yo a Descartes le queda por demostrar la existencia del mundo externo al sujeto. El sujeto es una res cogitans, es decir una sustancia pensante. En un primer momento podemos dudar, incluso, de que esa cosa pensante tenga un cuerpo que la sostenga ya que la certeza indubitable solo alcanza al yo pensante.

Analizando el pensamiento, Descartes establece que existen tres tipos de ideas:

- Ideas adventicias: son aquellas que, en apariencia, vienen desde fuera del sujeto. Por ejemplo, un ruido.
- Ideas facticias: las crea el sujeto con su imaginación. Por ejemplo, un centauro.

- Ideas innatas: son ideas que están en el sujeto desde su nacimiento. No las ha generado el mundo externo ni él sujeto mismo. Son ejemplos de ideas innatas las ideas de infinito, perfección y, sobre todo, de Dios.

Descartes se propone analizar el origen de las ideas innatas, en concreto de la idea de Dios. Dios aparece en mi mente como un ser perfecto e infinito, siendo yo un ser imperfecto y finito ¿de dónde procede la idea de Dios? No la he podido crear yo mismo ya que no poseo las cualidades de infinitud o perfección que contengo en mi mente, incluso aunque las contenga no puedo abarcarlas con mi pensamiento. Luego esa idea tiene que venir de fuera de mi y solo puede provenir de un ser infinito y perfecto, es decir, de Dios. Por tanto, Dios existe.

Ahora sabemos que existe el yo y que existe Dios pero ¿existe el mundo externo? Observo que en mi mente aparecen objetos que juzgo como existentes, pero debo de admitir que esos objetos no son más que procesos de mi mente. Sin embargo, sé que Dios existe y que la bondad es un rasgo de su perfección, por tanto si Dios me ha dotado de sentidos para conocer el mundo, esos sentidos deben ser fiables para conocerlo. Luego, gracias a la bondad de Dios, puedo establecer que el mundo existe y que su rasgo peculiar, frente a la *res cogitans* del yo, es poseer extensión (*res extensa*).

La materia de que está formada en universo físico es una materia en el espacio y en el tiempo, pero que carece de pensamiento según vemos. La materia se mueve por leyes mecánicas y estables, por tanto, el universo, y con él el cuerpo humano, es una enorme maquinaria que se mueve mecánicamente. Esta idea del universo como una maquinaria ordenada influirá en el mecanicismo científico del siglo XVIII y es aún mantenida por cierto cientificismo ingenuo en nuestros días.

El hombre como ser pensante es una *res cogitans*, pero al poseer cuerpo, también es una *res extensa*. Sin embargo, cuerpo y alma son sustancias radicalmente diferentes, mientras que en los cuerpos existen leyes rígidas que los mueven, el alma humana posee libertad. Por esto podemos concluir que solo el hombre es libre, mientras que los animales son meros autómatas.

El problema de como el alma y el cuerpo pueden interactuar siendo realidades tan radicalmente distintas será una cuestión que ocupe al padre de la filosofía moderna, así como a sus sucesores como Malebranche o Leibniz.

JOHN LOCKE

El filósofo empirista inglés John Locke (1632-1704) se adelantó a la Ilustración con su teorización sobre la tolerancia, la libertad religiosa y la necesidad de la filantropía. A nivel político defendió un estado que reconociera la radical libertad e igualdad de todos sus miembros y que estuviera fundado en el consentimiento de los individuos que lo formaban; en este sentido, fue un defensor adelantado del estado liberal moderno.

La tolerancia:

La “Carta sobre la tolerancia” de John Locke, publicada en el 1689, marca un antes y un después en la conceptualización occidental de la libertad de culto. El filósofo empirista empieza su carta asumiendo que la tolerancia es la principal característica de una verdadera Iglesia Cristiana, ya que la finalidad de la auténtica religión no es el ejercicio de la fuerza coactiva sobre otros hombres sino regular la vida de los hombres en lo que se refiere a su moralidad íntima y al culto que deciden darles a Dios. Locke constata que en ninguna parte de los evangelios se invita al uso de la violencia contra los que tienen religiones distintas, todo lo contrario, en la escena del prendimiento de Jesús, el hijo de María recrimina la actitud violenta de Pedro cuando hiere a uno de los captores. Además, sostiene el autor inglés, que si alguien hubiese podido imponer la religión por la fuerza, ese era precisamente Jesús de Nazaret y, sin embargo, no lo hizo sino que prefirió sufrir persecución a ser él mismo un perseguidor. Por lo tanto, ninguna Iglesia cristiana tiene el derecho de arrogarse una potestad que el mismo hijo de Dios no se arrogó: la de perseguir a sangre y fuego a los que viven su relación con Dios de manera diferente.

Pero, y esto es lo verdaderamente revolucionario, Locke llega más lejos al afirmar que tampoco el Estado tiene derecho a imponer una religión o un culto a sus súbditos. Llega a esta conclusión después de haber mostrado que el Estado es una sociedad de hombres que persiguen defender y hacer avanzar los intereses civiles que son, por ejemplo, la vida, la libertad, la propiedad, etc. El magistrado tiene jurisdicción sobre estos intereses pero sobre ninguno más, del mismo modo que la Iglesia tampoco puede interferir en los asuntos del Estado, ya que su función es la salvación de las almas y no velar por los intereses civiles.

Por si fuera poco, es un hecho para Locke, como para Spinoza, que a ningún hombre se le puede forzar a tener fe en una religión en la que él de motu propio no cree. Si el Estado o la Iglesia pretendiera tal cosa, pretendería algo imposible o fomentaría la hipocresía como virtud social, cosa que no es deseable por ningún gobierno justo. Por tanto, debemos de tolerar la diversidad de culto pero, también permitir que alguien que siente como falsa la religión en la que ha sido educado abandone esa religión y abrace la que considere en conciencia verdadera.

Autores anteriores a Locke mantenían que el Estado debe velar por el bien de sus súbditos y que por lo tanto, si el Estado considera que la salvación está garantizada por alguna religión en concreto tenía no solo el derecho sino también la obligación de imponerla. El filósofo inglés refuta esta teoría afirmando que aunque sea cierto que el Estado deba velar por el bien de sus súbditos ese cuidado no es extensible al cuidado de las almas ni tan siquiera al daño que en el ámbito privado se puedan ocasionar los súbditos a sí mismos. Es decir, el Estado debe velar para que todos los miembros del cuerpo social tengan acceso a alimentos, pero ni puede imponer una dieta saludable, ni que quien lo decida viva en la molición y la pobreza, aunque creamos que es mejor vivir de una determinada manera, no se la imponemos a nadie, siempre que la vida que deciden llevar nuestros conciudadanos no perturbe el orden social. Mucho menos derecho tenemos de inmiscuirnos en el cuidado de las almas.

Locke llega a plantear la hipótesis de que quizás para la salvación del alma del hombre existen diversos caminos y no solo uno. Si analizamos los conflictos entre las sectas cristianas vemos que sus diferencias son por frivolidades, la esencia es cierto concepto de la virtud moral y del amor debido a Dios. ¿No sería factible que eso llevara a la salvación y no el tipo de vestimenta que adopta en sacerdote en la ceremonia o si el pan de la eucaristía es realmente la carne de Cristo o solo un símbolo? Pero, aún suponiendo que solo exista un camino para la salvación ¿qué garantía tiene el príncipe para conocerlo mejor que cualquier particular? Para Locke ninguna y por tanto,

carece del derecho de imponer su peculiar concepto de la salvación a otros hombres que, en definitiva, tienen la misma capacidad de juicio que él.

Lo mismo que es aplicable a las sectas cristianas es aplicables a las otras religiones como la musulmana, la judía o incluso la idolatría. Si a un particular se le permite matar un cordero en su casa ¿por qué se le va a prohibir matarlo en un templo si él cree que así agrada a su Dios? Ninguno de estos actos perturban el orden social y, por tanto, no deben ser ni perseguidos ni estigmatizados. Sin embargo, fomentar el odio contra las otras religiones sí daña la paz social y las religiones que lo hagan serán convictas de un delito de intolerancia y, por tanto, perseguidas justamente.

En definitiva, si consideramos que alguien vive en una falsa religión podemos amonestarlo con consejos y ejemplos edificantes pero no es creíble que quien dice pretender preocuparse por mi salvación me persiga, hostigue y asesine.

No obstante, la libertad de culto para Locke no es equiparable a la libertad de pensamiento ya que, por ejemplo, cree que el ateísmo no debe ser tolerado por el gobierno. El ateo, según el autor empirista y muchos otros contemporáneos, carece de preocupaciones espirituales y su moralidad interna no tiene freno, por lo tanto, el ateo no es un ser moral y es un peligro objetivo para la convivencia.

DAVID HUME:

El escocés David Hume (1711-1776) tomó como punto de partida para su filosofía la misma que John Locke: la experiencia; sin embargo, Hume lleva hasta sus últimas consecuencias el empirismo de Locke asumiendo una posición más escéptica y antimetafísica que su antecesor. Como pensador ilustrado que es ya, desconfía de las teorizaciones filosóficas y asume a la ciencia como nuevo modelo de conocimiento sobre el mundo, pero también sobre el ser humano. Especialmente relevante en la historia de la filosofía fueron sus críticas a la inducción y al principio de causalidad.

Empirismo:

Frente al racionalismo continental, en las Islas Británicas surgió el empirismo. El principal problema que analiza este movimiento es cómo se produce el conocimiento, la tesis empirista es que el verdadero conocimiento procede básicamente o exclusivamente de la experiencia. A nivel ético, político y religioso los empiristas adoptaron posturas tolerantes lejos de cualquier dogmatismo, postura coherente con el escepticismo que estos autores mostraban hacia cualquier tipo de teorización que no estuviese fundada en la experiencia.

Mientras que para Descartes la piedra angular de su sistema era el “yo pienso”, para el empirismo el sujeto, antes que una “cosa pensante”, es un procesador de los datos de los sentidos, quien relaciona, analiza y reconstruye la experiencia sensible.

También niegan estos autores la existencia de ideas innatas. Para el empirista el hombre nace como una tabla en blanco, sin ideas preconcebidas; solo las sensaciones llenan la mente del ser humano. Para el racionalismo cartesiano la idea innata de Dios garantiza la realidad del mundo externo, para estos autores anglosajones la realidad del mundo externo es cuestión de creencia, podemos suponer su existencia porque genera sensaciones en nosotros, pero el verdadero conocimiento son esas sensaciones, no el mundo externo que es inaccesible sin la experiencia.

No obstante empirismo y racionalismo coinciden en considerar al hombre el centro de su reflexión. En concreto, David Hume, teniendo a la ciencia de Newton como paradigma, sostiene que toda forma de conocimiento tiene a la naturaleza humana como condición previa de posibilidad, ya que todas las ciencias son conocimientos de hombres y están sometidas al criterio de otros hombres. Esto es válido para las ciencias naturales, pero también para las matemáticas, por ejemplo. De este modo, la nueva metodología que propone el escocés tiene un primer objetivo, que es indagar sobre la naturaleza humana, base común a todas las ciencias. Como segundo objetivo, Hume se propone descubrir los límites de esa naturaleza, en otras palabras, analizar y fijar los límites del entendimiento humano. Para lograr estos objetivos no nos debemos basar en teoría filosófica sino en la más cercana experiencia.

Analizando nuestro modo de conocer, Hume da por sentado que todo nuestro conocimiento procede de “percepciones”. Las percepciones son contenidos que proceden de la experiencia de un modo más o menos directo. Existen dos tipos de percepciones:

- Las impresiones: son percepciones inmediatas y directas. Aquí se incluyen los datos aportados por los sentidos como ver u oír, y también los aportados por nuestras emociones, juicios, pasiones...
- Las ideas: son percepciones más débiles y que proceden de las impresiones que recordamos. Las ideas son más confusas y sujetas a engaño que las impresiones; por tanto, para descubrir la validez de una idea tendremos que ir a analizar la impresión que la ha generado.

Con esta teoría del conocimiento Hume pone en tela de juicio muchos de los conceptos de la filosofía de su tiempo como “sustancia”, “idea innata”, etc.

Crítica de la causalidad:

El conocimiento a través de las impresiones no supone mayor problema al ser un conocimiento que procede directamente de los datos empíricos. Sin embargo, Hume se ve forzado a analizar el modo como conocemos a través de las ideas, ya que este modo de conocer es más susceptible al error. Por lo tanto podemos afirmar que la teoría del conocimiento del autor escocés es, en cierta medida, no solo una antropología sino también una psicología, entendida como análisis de las leyes de nuestro pensamiento.

Según el filósofo empirista, las ideas se asocian unas a otras por una cierta atracción que existe entre ellas. Por ejemplo, al oler una colonia (impresión) pensamos en una persona querida que no está presente (idea), la idea de esa persona nos recuerda un encargo que nos ha hecho (segunda idea), ese encargo nos hace darnos cuenta que se nos está haciendo tarde (tercera idea), y así sucesivamente. En el ejemplo se ve que cada idea atrae a otra y se asocia en nuestro pensamiento como cuentas que se enhebran con un hilo. Las cuentas son las ideas y el hilo el principio de asociación. Este concepto de asociación por atracción toma como referente la ley de la atracción universal de Newton.

Cuando conocemos, los hombres aplicamos el principio de asociación a través de tres mecanismos: semejanza, contigüidad y causalidad. En este momento Hume realiza una fuerte crítica al principio de causalidad, sobre todo a la objetivización que había sufrido este principio a lo largo de toda la historia de la filosofía.

El pensamiento humano, dice el autor anglosajón, establece relaciones entre impresiones e ideas de causa-efecto. Por ejemplo, abrimos el grifo y sale agua, luego concluimos que el agua sale cuando el grifo es abierto; en este ejemplo, estamos aplicando el principio de causalidad, así que es fácil ver que hacemos uso de este principio continuamente sin caer en la cuenta (por ejemplo, doy al interruptor porque "sé" que así se enciende el ordenador). Llegado aquí Hume se pregunta si ese principio se basa en nuestras impresiones y se ve forzado a responder negativamente.

Imaginemos dos bolas que impactan en una mesa de billar. Observamos que cuando una bola choca contra otra, la que estaba en reposo entra en movimiento. Hay un momento en donde las bolas entran en contacto y otro momento en donde las bolas se ponen en movimiento tras el impacto. Ambas impresiones son reales, son hechos que percibimos claramente; sin embargo, la idea de que necesariamente cuando una bola choca con otra, esta se pone en movimiento, es una idea que no se basa en impresión sino que es una mera construcción de mi mente. En el choque de las dos bolas veo contigüidad entre la posición de las bolas antes del choque y la posición tras el choque, pero ¿dónde está la causalidad entre un hecho y otro? Solo en mi imaginación.

La relación entre las causas y los efectos se basa en la costumbre pero no en impresiones reales. Tiene validez en el pasado, pero no en el futuro. Que las cosas hayan ocurrido de un modo hasta ahora, no significa que vayan a seguir ocurriendo así siempre. Lo explicó Bertrand Russell en el siglo XX con el ejemplo del pollo inductivista: un pollo recibe de comer de su amo todas las mañanas al amanecer, nunca ha fallado; el pollo saca la deducción de que siempre que sale el sol, su amo le trae de comer. Un día amanece y el pollo espera la comida de su amo, sin embargo, ese es el día en el que el campesino mata al pollo para llevarlo al mercado.

La crítica a la causalidad tiene consecuencias profundas ya que ataca a las ideas de sustancia, alma y, sobre todo, a la idea de Dios. Muchas de las demostraciones de la existencia de Dios se basan en que un orden necesita un ordenador, es evidente que si rechazamos el valor del principio de causalidad, difícilmente podremos admitir esas demostraciones.

http://www.webdianoia.com/moderna/hume/hume_causa.htm

El sentimiento moral y la simpatía:

Hume toma el mismo punto de partida para articular su sistema ético que para construir su teoría del conocimiento: la naturaleza humana. Según Hume, el bien y el mal dependen de la constitución del hombre y de sus sentimientos. Si a los hombres les fuera grato el dolor, aquel que lo provocase sería considerado un benefactor de la humanidad. Por esto rechazaba los sistemas

morales que tenían a la razón como juez de sus tribunales. De aquí que se diga que Hume fue el padre del “emotivismo moral”.

Es un hecho que existe moralidad ya que en la sociedad humana los hombres hacen uso de la palabra “bueno” y “malo”. Pero Hume considera que los autores que creían que la razón sometía a las pasiones y que, por tanto, todo sistema moral debía fundarse en la razón, estaban equivocados. Por contra, llega a la deducción que es la razón quien obedece a las pasiones.

Cuando juzgamos una acción como buena, la juzgamos así porque genera en nosotros un sentimiento de aprobación. Por ejemplo, aprobamos el gesto de compasión ante alguien que está enfermo. Esta aprobación no depende de una valoración racional de la acción en sí y si se produce es secundaria y adventicia a la aprobación misma.

Aunque parezca que Hume cae en el relativismo moral, no es así. A pesar de que admitía que la moral se funda en sentimientos subjetivos, al mismo tiempo consideraba que la naturaleza humana era común, por lo que esos sentimientos subjetivos serían, más o menos, concordantes con todos los hombres.

Pero mirando en la experiencia ¿cuándo se produce un juicio moral en la mente del hombre? Para el filósofo empirista, esto tenía lugar cuando el individuo dejaba a un lado sus intereses particulares y tomaba un punto de vista general. Por ejemplo, si yo soy un ladrón, puedo considerar enemigo al que me quita mi botín y lo entrega a personas que las necesitan más que yo, sin embargo, no puedo considerar a esa persona “malvada” ya que no hace daño a la colectividad, sino todo lo contrario. Vemos que nuestras valoraciones morales solo tienen lugar cuando dejamos de lado nuestros intereses, pero también, y esto es especialmente importante, cuando tenemos en mente los intereses colectivos. Si alguien es útil a esos intereses, esa persona merece nuestra aprobación y la calificamos como “buena”.

Es posible, por tanto, construir una teoría ética que tenga como fin la aprobación colectiva y, por lo tanto, la utilidad general. Para realizar actos buenos, en definitiva, debemos buscar la utilidad pública. Pero, cabe preguntarse: ¿cómo es posible que el hombre abandone su propio bien en aras del bien público? Hume responde que en todos los hombres existe un natural sentimiento de “simpatía” hacia los otros hombres; las personas nos reconocemos como tales y sentimos cierta benevolencia entre nosotros. Es posible que haya personas que desoigan este impulso natural o que lo tengan ofuscado por una tara en su naturaleza, estas personas son las que consideramos “malvados”, pues son incapaces de compatibilizar sus intereses individuales con los colectivos.

Adelina Sarrión Mora; “Textos de filosofía para la prueba de acceso a la universidad”; Anaya Castilla-La Mancha, 2010.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU:

Las ideas de Jean-Jacques Rousseau (1712-1778), autor perseguido y exiliado de Francia y de su Ginebra natal, sirvieron de inspiración a los teóricos de la Revolución Americana y Francesa y aún en la actualidad se reivindica como padre de la democracia moderna. Sin embargo, el pensamiento de Rousseau se debate entre una fuerte contradicción: aunque pertenece a la Ilustración por su lucha contra el despotismo, su fe en los sentimientos naturales del hombre frente a la razón y a los valores sociales lo perfilan como una antesala del Romanticismo.

Libertad, soberanía del pueblo e igualdad:

Algunos autores como Hobbes pensaron que el hombre natural viviría en un estado de lucha continua (lucha de todos contra todos) pero Rousseau considera que este argumento parte del error de pensar que los hombres naturales buscan tantos lujos y bienes como el hombre social. Al salvaje le son suficientes muy pocas cosas para satisfacer su instinto de supervivencia, que el ginebrino denomina "amor de sí", por lo que no tiene que combatir con sus semejantes continuamente para subsistir. Las guerras son fruto de la avaricia, rara vez del hambre. Además, los hombres en estado natural sienten una piedad innata hacia sus semejantes, el ser humano es por naturaleza compasivo hacia los otros seres y, sobre todo, hacia otros hombres.

La piedad natural de las personas es debilitada cuando viven en sociedad, ya que cuando el hombre vive en sociedad el amor de sí degenera en amor propio; este impulso busca la superioridad y el reconocimiento de los elementos del cuerpo social y es el origen de los vicios del hombre como codicia, lujuria, intemperancia, soberbia, etc. el amor propio surgido en sociedad es el origen de la degeneración de los sentimientos naturales. El amor propio acalla la piedad con razones a las que seríamos sordos si viviésemos en naturaleza; la miseria del pobre, la muerte de un semejante o el desastre del prójimo dejan de conmover a nuestra piedad cuando la razón nos da argumentos que justifican la indiferencia: "si quiere comer que trabaje", "es un hereje, es justo que muera", "yo estoy seguro ¿qué me importa lo que le pase?" son razones que nuestra inteligencia nos da para hacer enmudecer los impulsos naturales de la piedad. De aquí viene la famosa frase de Rousseau: "el hombre que medita es un animal degenerado".

Llegó un momento en donde los hombres no podían seguir viviendo aislados y se agruparon por causa de la presión demográfica o para realizar tareas colectivas como cazar. En los primeros momentos esta vida común no había corrompido al hombre ya que las desigualdades eran solo fruto de la biología y el amor propio y la razón apenas tenían fuerza para cegar a la piedad natural. Sin embargo, con la minería y la agricultura los hombres pudieron acumular recursos y nació el concepto de propiedad, por culpa de la propiedad las desigualdades se incrementaron y el deseo de poseer más provocó guerras, asesinatos y luchas. Es en este momento cuando sí se produce la guerra de todos contra todos: los que no tienen roban a los que tienen y los que tienen intentan robar a los más débiles.

En esta situación caótica los ricos ven la necesidad de crear un orden y una ley que proteja sus propiedades por lo que instituyen el pacto social; sin embargo, para que los carentes de propiedades entren en el pacto social también deben ser beneficiados por él pues si no ¿qué sentido tendría entrar en él cuando sería mejor la lucha de todos contra todos? Por esto, el pacto social establece que todos los miembros del pacto son partes indivisibles de un todo y que todos ponen en común todas sus fuerzas para defender los intereses del nuevo cuerpo político. Los individuos pierden su libertad natural, es decir la que poseen en el estado de naturaleza, para obtener libertad política, si esa libertad no es respetada el pacto social deviene en nulo ya que contraviene el mismo contrato social que tiene como fin la fuerza del colectivo. Cuando los poderosos violan el pacto social oprimiendo a una parte del cuerpo político los oprimidos tienen todo el derecho a rebelarse ya que la unidad total del cuerpo social y, por tanto, la libertad de los miembros del pacto son elementos imprescindibles del contrato.

El pacto social además de la libertad debe garantizar la igualdad entre todos los firmantes. Esto es así, porque todos los hombres en cuanto tales somos libres y en la libertad no puede haber desigualdades. Como el fin del pacto social es mantener la libertad de todos los miembros de la

sociedad, el pacto sería nulo si permite circunstancias en donde entre sus miembros existiera diferencias cualitativas en dignidades, derechos, propiedades... La igualdad natural es total, no así la social. Pueden existir privilegios y diferencias en riquezas siempre que estas no sean abismales y pongan en riesgo la libertad natural de los miembros del cuerpo político. Por tanto, es necesario mantener la igualdad natural porque si no es así fracturamos la sociedad y arrebatamos la libertad natural a los sujetos que suscribieron el pacto.

La soberanía o lo que es lo mismo la capacidad de decidir de los miembros del cuerpo político es indivisible e inalienable. Es decir, la soberanía del cuerpo político es un acto total de todos y cada uno de los miembros de la sociedad que no puede dejar fuera a nadie ya que si así se hiciera la decisión no tendría valor total sino parcial. La soberanía tampoco es alienable, es decir, nadie puede representar a nadie en los actos de decisión soberana ya que la soberanía es colectiva o no es tal. Se puede transferir el poder para ejercer la soberanía pero nunca la soberanía misma, si se entrega la soberanía el pacto social se torna en una relación de señores y súbditos por lo que como tal queda roto.

El modelo político propuesto como ideal por Rousseau se aleja mucho de los estados-naciones actuales; la soberanía inalienable e indivisible que él defiende presupone unos estados reducidos como los cantones suizos a los que perteneció, las polis griegas o la civitas romana de la República. La posibilidad real del modelo político de Rousseau en la actualidad es discutible pero es patente que el ginebrino se opuso siempre al ejercicio de la soberanía indirecta, base sobre la que se asientan las democracias liberales de hoy en día.

INMANUEL KANT:

La historia de la teoría del conocimiento y la ética tienen un punto de inflexión en el filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804). En teoría del conocimiento su Critica de la Razón Pura supuso un verdadero “giro copernicano” a la gnoseología, mientras que su ética meramente formal contrasta con las éticas materiales propuestas hasta entonces. Su teoría ética asume como principio la libertad y dignidad de todos los hombres, hecho que conecta su pensamiento con la ideología de las revoluciones burguesas de su tiempo y a través de ellas con la actualidad.

Criticismo, razón teórica y razón práctica:

A finales del siglo XVIII se consideraba que el conocimiento de la ciencia era un conocimiento certero y totalmente fiable. Ante esto, Kant se interroga sobre como es posible el conocimiento de leyes universales en el ámbito de la experiencia. Esta investigación y su crítica a la teoría del conocimiento de empiristas y racionalistas, se denomina criticismo.

La complejidad del problema del conocimiento está en que la ciencia hace afirmaciones universales, sin embargo, como ya mostró Hume, esas leyes universales no pueden ser fruto de la mera experiencia ni de la inducción. Por tanto, no son deducibles leyes con validez universal por una mera reiteración de experiencias.

Según Kant nuestro conocimiento comienza con la experiencia, pero no es solo experiencia. Los hechos empíricos no muestran ninguna ley, son solo hechos de los que tenemos un conocimiento sensible. Hay algo más, además de la experiencia, que permite construir conocimiento y es la razón. Por esto, se dice que el filósofo alemán adopta una postura intermedia entre el empirismo (todo conocimiento procede de la experiencia) y el racionalismo (el conocimiento procede prioritariamente de la razón).

Para analizar como es posible el conocimiento, Kant distingue entre dos formas de conocimiento: el conocimiento empírico o a posteriori y el conocimiento a priori. El conocimiento a posteriori procede de la experiencia y, por tanto, es individual y particular. Por contra, el conocimiento a priori es independiente de los datos empíricos, es un conocimiento puro y por lo tanto sus juicios son universalmente válidos y necesarios.

Todo conocimiento se expresa con juicios que pueden ser válidos o no. Dependiendo de la distinción entre tipos de conocimientos existen, también, diferentes tipos de juicios. Los juicios analíticos a priori, son aquellos en los que la verdad del predicado está comprendida en la propia composición del juicio. El problema de este tipo de juicios es que no aportan conocimiento, y son meramente explicativos. Por ejemplo, "El triángulo tiene tres ángulos" es un juicio analítico a priori, necesariamente verdadero, pero la noción "triángulo" contiene el predicado "tener tres ángulos"; no se aporta un nuevo conocimiento con este juicio.

Los juicios sintéticos a posteriori dependen de la experiencia y aportan conocimiento nuevo, pero su validez no es universal. "Algunos perros comen hierba" es un hecho de la experiencia, en el concepto "perro" no está "comer hierba", por lo tanto, se añade conocimiento con este juicio, pero no como ley universal y necesaria.

Por último, existen los juicios sintéticos a priori, que son una novedad conceptual de Kant, que aumentan el conocimiento y, además, tienen validez universal. Por ejemplo, “todo lo que ocurre, tiene una causa” es un juicio sintético, ya que el predicado “causa” no está dentro del concepto “ocurrir”. Sin embargo, no es un juicio sintético a posteriori, pues no necesito de comprobación experimental para saber que es universalmente verdadero. Por tanto, es un juicio sintético, porque añade conocimiento que no se encuentra en la definición del sujeto de la oración, y es un juicio a priori, porque no depende de la experiencia y tiene carácter universal.

Las ciencias naturales y la matemática construyen conocimiento gracias a la formulación de juicio sintéticos a priori. Otra cuestión será saber como son posibles estos juicios.

Para Kant, la razón tiene la capacidad de formular principios. La razón teórica formula juicios, como los que hemos visto. El uso teórico de la razón nos permite conocer el mundo. Sin embargo, al hombre no le basta con conocer sino que debe actuar, para esto existe un uso práctico de la razón. La razón práctica no emite juicios sino imperativos que sirven para guiar la conducta de

los hombres. Un ejemplo de imperativo sería “no mentirás”.

La razón es una sola, cuando hablamos de razón teórica o práctica, hablamos de usos de esa razón. Un uso cognitivo y un uso moral, igualmente necesarios para el hombre.

Wikipedia.

http://www.webdianoia.com/moderna/kant/kant_fil_metaf.htm

Las condiciones de posibilidad de la ciencia y la metafísica:

Uno de los problemas fundamentales de la filosofía moderna fue el conocimiento. Kant heredaría este problema que tomará, en este autor alemán, la forma de tres preguntas: ¿Cómo es posible el conocimiento matemático?; ¿cómo es posible el conocimiento de las ciencias físicas?; y, finalmente, ¿es posible el conocimiento filosófico y si lo es cómo?

Vemos que en el planteamiento del problema hay dos supuestos: primeramente, Kant asume que el conocimiento matemático y físico es un hecho. Piensa el autor ilustrado que las matemáticas han dado muestra de validez desde casi sus inicios, mientras que las ciencias físicas han mostrado su validez sobradamente desde los descubrimientos de Newton. El segundo supuesto del que parte el filósofo alemán, es que la filosofía no ha mostrado validez como conocimiento objetivo y, por tanto, a diferencia de la ciencia, nos podemos plantear si es posible o no tal conocimiento.

La obra más importante de Kant es la “Crítica de la razón pura”, en la parte titulada “Doctrina trascendental de los elementos” encontramos tres apartados que pretenderán responder a las preguntas antes expuesta: la Estética trascendental, que responderá a por qué y cómo es posible el conocimiento matemático; la Analítica trascendental, que analizará las condiciones de posibilidad de la ciencia física; y, por último, la Dialéctica trascendental que trata de dirimir si es posible un conocimiento metafísico o no.

Kant utiliza la palabra “Estética” en su sentido etimológico, es decir, como “sensación”, de tal modo que en la Estética trascendental analizará las formas de la sensibilidad humana. Según el filósofo de Königsberg, los objetos activan los sentidos del hombre y este los intuye en su sensibilidad. Ningún objeto se da fuera de la sensibilidad, podemos entender conceptos sin necesidad de sensibilidad, por ejemplo, el concepto de unicornio puede ser pensado y, en cuanto que es pensado es un concepto; pero el concepto unicornio no es un objeto ya que no es percibido por la sensibilidad. Estos objetos que son procesados por el hombre con la facultad de la sensibilidad son la materia prima de todo conocimiento real.

Todos los objetos que son intuitos por la facultad de la sensibilidad están ubicados en parámetros espacio-temporales. El espacio y el tiempo son como el eje de coordenadas en donde intuimos todas nuestras sensaciones; son, por tanto, intuiciones puras que posibilitan la sensibilidad. Sin espacio ni tiempo no sería posible ninguna intuición sensible ni, por tanto, ningún conocimiento cierto. Frente a Newton, Kant concluye que espacio y tiempo no son realidades absolutas sino que son condiciones de posibilidad de nuestra sensibilidad. En otras palabras, espacio y tiempo son formas que tiene la sensibilidad humana de estructurar sus objetos. No tienen objetividad más allá del acto de intuición sensible, son subjetivas en el sentido de que son fruto de la forma que tenemos los hombres de captar los objetos sensibles, sin embargo, son objetivas en el universo humano, ya que todos los hombres comparten ese modo de intuir los objetos. Las matemáticas son objetivas en ese mismo sentido ya que esa ciencia analiza las intuiciones puras del espacio y tiempo. La geometría analiza la intuición pura del espacio y la aritmética la del tiempo. Por eso no es posible la contradicción en las matemáticas si son bien planteadas, porque tratan de entidades que están en la estructura de la sensibilidad de todos los hombres que son capaces de sensación.

Sin embargo, el hombre no solo comprende el mundo a través de la sensibilidad sino que también gracias al entendimiento es capaz de captar conceptos. De como aprehendemos la realidad a través del entendimiento trata la “Analítica trascendental”. Para Kant la intuición sensible sin entendimiento es ciega y el entendimiento sin la sensibilidad está vacío. Si debe ser posible el conocimiento, debe de proceder de la experiencia pero debe, también, ir más allá de ella.

Por ejemplo, cuando decimos “un hombre empuja una manzana roja al suelo desde una mesa y cae” pensamos que estamos, sencillamente, expresando una experiencia sensible desnuda pero no es así. En esa oración, existen categorías que no nos la dan la sensibilidad desnuda: el concepto de manzana o de hombre, la relación causa efecto (la manzana cae porque la empujan) o la cualidad de la “rojeidad”. Todas esas categorías son impuestas por las estructuras de nuestro entendimiento, del mismo modo que el espacio y tiempo eran impuestos a la intuición sensible por nuestra subjetividad. Si careciéramos de esas categorías, el mundo sería un flujo incesante de sensaciones sin relaciones entre sí; la estabilidad y relación de esas intuiciones sensibles son aportadas por categorías a priori de nuestro entendimiento. Estas categorías son tan subjetivas y objetivas como las intuiciones puras de nuestra sensibilidad, es decir como el espacio y el tiempo.

Las categorías no aportan conocimiento si no están asociadas a intuiciones sensibles, sin ellas, las categorías se mueven en el vacío estérilmente. El divorcio entre entendimiento y sensibilidad genera ilusiones o reflexiones que pueden o no tener un referente real, pero que al no poderse contrastar carecen de valor cognitivo real. El hombre con las formas subjetivas de la sensibilidad y con las categorías capta el mundo tal y como aparece en su mente, esto es lo que Kant denomina “fenómeno”. El mundo del conocimiento es un mundo fenoménico, pero ese mundo fenoménico debe ser en sí mismo algo distinto a como lo vemos, lo que sea el mundo en sí es inaccesible a la mente humana porque en el momento en el que lo captamos, ese mundo en sí entra en nuestra captación a través de nuestras estructuras mentales subjetivas, es decir como fenómeno. El mundo en sí es denominado por Kant “noúmeno”.

La Analítica trascendental explica, por tanto, como son posible los juicios sintéticos a priori en las ciencias físicas: los conceptos con los que se construyen la ciencia no dependen de la experiencia sino de las formas a priori del entendimiento, sin embargo, precisan de la sensibilidad o experiencia para verificarse.

Pasamos ahora a explicar la “Dialéctica trascendental”. Según Kant el conocimiento humano está limitado por la experiencia, pero la razón del hombre se siente impulsada a ir más allá de la experiencia buscando comprender ámbitos que sobrepasan el conocimiento basado en la sensibilidad. Cuando la razón hace esto produce ideas. Dios, el alma y el mundo son ideas ilusorias que crea la razón pretendiendo unificar lo que conoce. Ni el alma, ni Dios, ni el mundo como totalidad son objeto de experiencia, así que, aunque la razón tienda naturalmente a construir esas ideas, esas ideas no tienen ni pueden tener un referente en la experiencia. En otras palabras, no es posible conocer nada de Dios, ni del yo ni del mundo de modo certero, solo podremos construir conjetura sobre estas ideas. Esto no implica, por ejemplo, que Dios no exista, sino simplemente que no podemos afirmarlo con certeza, es objeto, únicamente de nuestra fe. La filosofía, por tanto, alimenta ese impulso de nuestra razón por crear ideas, es necesaria e inevitable, pero carece de objetividad y no podrá ser nunca verdadera ciencia, toda vez, que los objetos de su reflexión no proceden de la experiencia sino que son meras ideas unificadoras de nuestra razón.

Ética universal, el hombre como fin:

Para Kant es un hecho que lo único objetivamente bueno es una buena voluntad. La inteligencia, el valor, la riqueza y todo lo que solemos considerar valioso dejan de tener valor y se vuelven incluso cosas perniciosas si van acompañados de una voluntad torcida. También la felicidad, meta de muchas teorías éticas, tiene un valor relativo frente a la buena voluntad ya que la felicidad del malvado genera repulsión al observador objetivo como si solo fuéramos dignos de ser felices cuando poseemos una buena voluntad.

Que la buena voluntad es buena incondicionalmente podemos demostrarlo como sigue. La naturaleza no hace nada en vano, si un ser natural posee un órgano para satisfacer una función ese órgano es adecuado y perfecto para esa función. El hombre posee razón e instinto y la razón no tiene solo una función teórica sino también práctica que busca el bien moral. Pero la razón difícilmente nos puede hacer felices, el hombre sabio descubre pronto que todas las preocupaciones que nos muestra nuestro intelecto (muerte, enfermedad, pobreza, incertidumbre...) y que los actos buenos de nuestra razón práctica no conducen a la felicidad; sin embargo, el hombre sencillo haya la felicidad sin necesidad de su razón con su mero instinto. Concluye Kant que si el fin del hombre

fuera la felicidad la naturaleza no nos hubiese dotado de una razón práctica que elabora juicios morales que no conducen por sí mismos a la felicidad. De este modo sostiene Kant que el hombre ha sido dotado por la naturaleza de razón práctica para otro fin más alto que la felicidad: el bien moral.

El bien moral se manifiesta claramente en el concepto de deber. La búsqueda de la felicidad o de la riqueza nos fuerza a acciones cuyo valor está condicionado a la consecución de un fin mientras que los actos del deber impuestos por nuestra razón práctica tienen valor por sí mismos. De este modo concluimos que los actos morales no son evaluables por sus resultados porque no son elegidos para alcanzar algo sino por ellos mismos. El resultado de un acto bueno puede ser perjudicial pero el acto seguirá siendo bueno porque lo importante de un acto moral es el principio por el que se realiza.

Para mostrar esto Kant habla de tres tipos de actos: los actos por deber, conforme al deber o contra el deber. Utilizando el famoso ejemplo del tendero, Kant nos explica que un tendero puede actuar conforme al deber al no engañar a un niño en su comercio para defender su negocio de la mala fama. ¿Es este acto por deber? No, porque no se ha hecho por sí mismo, no se ha realizado por respeto al deber sino buscando algo; el acto tampoco es contra el deber ya que el tendero no engaña sino que es un acto conforme al deber, es decir, hecho “como si” se obrase guiado por el deber pero realmente guiado por fines espurios. Kant criticará de este modo muchas de las teorías éticas cristianas ya que ser bueno para ser recompensado por Dios en el cielo es igualmente un comportamiento conforme al deber pero no por deber.

Los actos mandados por el deber tienen forma de imperativo categórico. Además del imperativo categórico existen imperativos hipotéticos que mandan algo para conseguir otra cosa, “si quieres ser famoso haz X”, son mandatos condicionados por un fin. El imperativo categórico manda por sí mismo sin fin alguno, por respeto al deber. Si el hombre es capaz de mandarse a sí mismo es claro que es un ser libre; mientras que los demás entes se guían por leyes naturales de causa-efecto el hombre es capaz de ser autónomo, es capaz de decidir por sí mismo como actuar con indiferencia del mundo natural de leyes. En esta libertad reside la dignidad específica del ser humano.

El imperativo categórico debe mandar por sí mismo, sin mirar otros objetivos que él mismo por lo que debe ser universal más allá de cualquier circunstancia. De este modo Kant enuncia este imperativo como “obra de tal manera que puedas querer que el principio que guíe tu acción sea un principio universal”. Por ejemplo, si decido eludir las deudas con excusas para no pagar ¿puedo querer que este principio sea universal, es decir, puedo querer que todos los hombres lo sigan? Dice Kant que no es posible querer un mundo así ya que nadie confiaría en nadie y el principio “es bueno eludir las deudas si se puede” se autodestruiría.

El hombre es un ser autónomo y libre, no es por lo tanto un eslabón más de la cadena de causas sino que su libertad moral lo convierte en algo valioso en sí mismo. Mientras que los objetos son “cosas para algo” el hombre es principio de la cadena de causas por lo que tiene dignidad. Así otro modo de enunciar el imperativo categórico podría ser “obra de tal manera que te relaciones con los hombres siempre como fin y nunca sólo como medio”. En el ejemplo anterior veríamos que no es legítimo usar a las otras personas como instrumentos para obtener dinero, las estaríamos usando como medios no como seres valiosos en sí.

Naturalmente la voluntad del hombre busca la felicidad mientras que la razón moral busca el bien por lo tanto en muchas ocasiones se produce el conflicto entre nuestro deseo de felicidad y nuestro deber; cuando esto ocurre el instinto usa de todo tipo de argumentos capciosos para seducirnos e imponerse a nuestros sentimientos morales. Generalmente el hombre vive atrapado en este conflicto por lo que es necesaria la reflexión filosófica sobre el bien moral, para delimitar con claridad la naturaleza del deber frente a los intentos del deseo de felicidad de confundirnos.

La ética de Kant es una ética formal porque mientras que otras teorías éticas han buscado el modo de alcanzar un fin (la felicidad, la tranquilidad, el Cielo...) y son por lo tanto “instrucciones para”, la ética kantiana propone que nos centremos en la forma de nuestras decisiones éticas. A pesar de su rigorismo la ética de Kant no deja de ser una meta noble y un firme alegato a favor de la libertad y la dignidad intrínseca de todos los seres humanos.

COMENTARIO DE TEXTO DE GALILEO:

“Persistiendo, pues, en su primera decisión de desprestigiarme a mí y a mis cosas por todos los medios posibles, sabiendo cómo yo en mis trabajos de astronomía y de filosofía sostengo, sobre la constitución de las partes del mundo, que el Sol, sin cambiar de lugar, permanece ubicado en el centro de las revoluciones de las esferas celestes, y que la Tierra que se mueve sobre sí misma, gira en torno a él; y además oyendo que voy confirmando tal posición, no sólo refutando los argumentos de Ptolomeo y de Aristóteles, sino aportando otros muchos en su contra, y especialmente algunos referidos a los efectos naturales, cuyas causas tal vez no puedan explicarse de otra forma, y otros astronómicos dependientes del conjunto de los recientes descubrimientos celestes, los cuales claramente refutan el sistema ptolemaico y concuerdan y confirman admirablemente esta posición; y tal vez desconcertados por la reconocida verdad de otras proposiciones afirmadas por mí, distintas de las comúnmente sostenidas, y desconfiando ya de su defensa, mientras permaneciesen en el campo filosófico, se han decidido a intentar proteger las falacias de sus discursos con la capa de una fingida religión y con la autoridad de las Sagradas Escrituras, utilizadas por ellos con poca inteligencia, para la refutación de razonamientos ni entendidos ni conocidos.”

(GALILEO, Carta a Cristina de Lorena, trad. M. González, Madrid, Alianza, 1987, pp. 64-65).

COMENTARIO DE TEXTO DE MAQUIAVELO:

“Pero, siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son. Por todo ello es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad.”

(MAQUIAVELO, El príncipe. Trad. M. A. Granada, Madrid, Alianza, p. 83).

COMENTARIO DE TEXTO DE DESCARTES

“Así, a causa de que nuestros sentidos nos engañan algunas veces, quise suponer que no había ninguna cosa que fuera como las imágenes que ellos nos transmiten de esa cosa. Y como hay hombres que se equivocan al razonar, incluso en cuanto a las cuestiones más simples de la geometría y cometen en ellas razonamientos falsos, juzgando que yo estaba expuesto a equivocarme como cualquier otro, rechacé como falsas todas las razones que había tomado antes por demostradas. En fin, considerando que todos los pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos nos pueden venir también cuando dormimos, sin que haya ninguno que, por tanto, sea verdadero, resolví fingir que todas las percepciones que hasta entonces habían entrado en mi mente no eran más verdaderas que las ilusiones de mis sueños. Pero enseguida me di cuenta de que, mientras quería pensar así que todo era falso, era necesario que yo, que lo pensaba, fuese algo. Y notando que esta verdad *pienso luego existo* era tan firme y tan segura que hasta las más extravagantes suposiciones de los escépticos no eran capaces de hacer tambalear, juzgué que la podía recibir sin escrúpulo como el primer principio de la filosofía que buscaba”

(R. DESCARTES, *Discurso del método*, IV [traducción propia]). ”

COMENTARIO DE TEXTO DE SPINOZA

“Para que las supremas autoridades del Estado conserven mejor el poder y no haya sediciones, es necesario conceder a los hombres la libertad de pensamiento y gobernarlos de tal forma que, aunque piensen de distinta manera y tengan ideas manifiestamente contrarias, vivan en concordia. Es indudable que esta forma de gobernar es la mejor y la que tiene menos inconvenientes, pues concuerda mejor con la naturaleza de los hombres. En efecto, en el estado democrático (que es el que más se acerca a lo natural) todos acuerdan actuar según leyes comunes, pero no pensar igual; es decir, como todos los hombres no pueden pensar y razonar igual, han pactado que lo que recibiera más votos tuviera fuerza de ley y que podrían cambiar esa ley si encontraban algo mejor. Así pues, cuanto menos libertad para expresar su opinión se concede a los hombres, más lejos se está de lo más natural y, por tanto, con más violencia se gobierna”

B. SPINOZA, *Tratado Teológico-Político*, cap. XX ”

COMENTARIO DE TEXTO DE LOCKE

“No es la diversidad de opiniones (lo que no puede evitarse), sino la negativa a tolerar a aquellos que son de opinión diferente (que podría ser permitida) lo que ha producido todos los conflictos y guerras que ha habido en el Cristianismo a causa de la religión. La cabeza y los jefes de la Iglesia, movidos por la avaricia y el deseo insaciable de dominar a todos, utilizando la ambición sin límites de las autoridades políticas y la crédula superstición de multitudes atolondradas, han levantado, en contra de lo que dice el Evangelio y la caridad, a las autoridades y a las masas en contra de los que tienen ideas diferentes en religión, predicando que los cismáticos y los herejes deben ser expoliados de sus posesiones y destruidos. Y así han mezclado y confundido dos cosas que son en sí mismas completamente diferentes, la Iglesia y el Estado”

(J. LOCKE, *Carta sobre la tolerancia* [trad. propia]).

COMENTARIO DE TEXTO DE DAVID HUME:

“Cuando un hombre denomina a otro su enemigo, su rival, su antagonista, su adversario, se entiende que habla el lenguaje del egoísmo y que expresa sentimientos que le son peculiares y que surgen de su propia situación y de circunstancias particulares. Pero cuando otorga a cualquier hombre los epítetos de vicioso, odioso o depravado, habla entonces otro lenguaje, y expresa sentimientos con los que espera que todo su auditorio estará de acuerdo. Por lo tanto, aquí debe apartarse de su situación privada y particular, y debe escoger un punto de vista que sea común a él y a los demás. Debe mover algún principio universal de la constitución humana y pulsar una cuerda en la que toda la humanidad esté de acuerdo y en armonía. Si, por tanto, quiere decir que este hombre posee cualidades cuya tendencia es perniciosa para la sociedad, ha escogido este punto de vista común, y ha tocado el principio de humanidad en el que todos los hombres concurren en cierto grado.”

(D. HUME, Investigación sobre los principios de la moral, Sección IX, 1. Trad. de Gerardo López Sastre. Madrid, Austral, 199, pp. 144-145).

COMENTARIO DE TEXTO DE J. J. ROUSSEAU:

“Si se investiga en qué consiste el bien más grande de todos, el que debe ser la meta de todo sistema legislativo, veremos que consiste en dos cosas principales: la libertad y la igualdad. La libertad, porque si permitimos que alguien no sea libre estamos quitando fuerza al Estado; la igualdad, porque la libertad no puede subsistir sin ella. Ya he dicho lo que es la libertad civil. En cuanto a la igualdad, no hay que entender por ella que todos tengan el mismo grado de poder y de riqueza; antes bien, en cuanto al poder, que nunca se ejerza con violencia, sino en virtud del rango y las leyes, y, en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea tan rico como para poder comprar a otro, ni ninguno sea tan pobre como para ser obligado a venderse.”

(J. J. ROUSSEAU, El contrato social, libro II, cap. 11 [traducción propia])

COMENTARIO DE TEXTO DE INMANUEL KANT (a):

“Si se echa una ligera ojeada a esta obra [la Crítica de la razón pura] se puede quizá entender que su utilidad es sólo negativa: nos advierte que jamás nos aventuremos a traspasar los límites de la experiencia con la razón especulativa. Y, efectivamente, ésta es su primera utilidad. Pero tal utilidad se hace inmediatamente positiva cuando se reconoce que los principios con los que la razón especulativa sobrepasa sus límites no constituyen, de hecho, una ampliación, sino que, examinados de cerca, tienen como resultado indefectible una reducción de nuestro uso de la razón, ya que tales principios amenazan realmente con extender de forma indiscriminada los límites de la sensibilidad, a la que de hecho pertenecen, e incluso con suprimir el uso puro (práctico) de la razón [...] Ello se ve claro cuando se reconoce que la razón pura tiene un uso práctico (el moral) absolutamente necesario, uso en el que ella se ve inevitablemente obligada a ir más allá de los límites de la sensibilidad”

(I. KANT, Crítica de la razón pura. Trad. de P. Ribas, Madrid, Alfaguara, 1978, p. 24).

COMENTARIO DE TEXTO DE INMANUEL KANT (b):

“Ahora yo digo: el hombre, y en general todo ser racional, existe como fin en sí mismo, no sólo como medio para usos cualesquiera de esta o aquella voluntad; debe en todas sus acciones, no sólo las dirigidas a sí mismo, sino las dirigidas a los demás seres racionales, ser considerado siempre al mismo tiempo como fin. Todos los objetos de las inclinaciones tienen sólo un valor condicionado, pues si no hubiera inclinaciones y necesidades fundadas sobre las inclinaciones, su objeto carecería de valor. Pero las inclinaciones mismas, como fuentes de las necesidades, están tan lejos de tener un valor absoluto para desearlas, que más bien debe ser el deseo general de todo ser racional el librarse enteramente de ellas. Así pues, el valor de todos los objetos que podemos obtener por medio de nuestras acciones es siempre condicionado. Los seres cuya existencia no descansa en nuestra voluntad, sino en la naturaleza, tienen, empero, si son seres irracionales, un valor meramente relativo, como medios, y por eso se llaman cosas; en cambio los seres racionales llámense personas porque su naturaleza los distingue ya como fines en sí mismos, esto es, como algo que no puede ser usado meramente como medio, y, por tanto, limita en ese sentido todo capricho (y es un objeto de respeto).”

(I. KANT, Fundamentación de la metafísica de las costumbres. Trad. de M. García Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1983, pp. 82 y 83)